

bre mano, sin que algun hijo suyo haya querido contribuir algo á su perfeccion. Aun he dicho poco. Creo que hay poquísimos en España que sepan que este arte, con cuyo estudio hacen hoy tanto ruido los extranjeros, trabajando en él con innumerables escritos, debe su nacimiento á un español. Notable es nuestro descuido en todo lo que toca á nuestra gloria. El libro que escribió Antonio Agustino sobre la expresada materia se ha hecho tan raro, que un inglés que el año pasado andaba buscando en España libros exquisitos para algunas bibliotecas anglicanas, y deseaba con grandes ansias algunos ejemplares de aquél, sólo pudo encontrar uno, por el cual dió cincuenta doblones, publicando que daría el mismo precio por otro cualquiera que se hallase. Quisiera que por lo ménos imitásemos á los rodios, los cuales, segun cuenta Plinio, aunque ántes no hacian caso de las obras del insigne pintor Protogenes, paisano suyo, empezaron á estimarlas, desde que vieron que un extranjero las compraba á precio muy subido.

La famosa doña Oliva de Sabuco descubrió para el uso de la medicina el *suco nerveo*, que á tantos millares de médicos y por tantos siglos se habia ocultado, hasta que los ojos linceos de esta sagacísima española vieron aquel tenuísimo licor, á quien debemos la conservacion de la vida mientras goza su estado natural, y que ocasiona infinitas enfermedades con su corrupcion. El descuido de los españoles con esta invencion áun fué mayor que con la antecedente; pues se olvidó tanto por acá, así ella como su autora, que despues se espació por el mundo como descubrimiento hecho por algun ingenio anglicano.

Las invenciones de varias máquinas hechas por los españoles en la América para desagües de las minas, beneficio de los metales, labor de azúcar y tabaco, merecen que se haga esta general memoria de ellas; pero individualizarlas sería cosa prolija. Sólo haré mencion particular de los hornos de Guancabielca y de la Habana, para la fundicion del azogue y formacion del azúcar, donde, sin otro combustible que paja, por la disposicion interior de la oficina, se enciende un fuego más activo que si fuera de encina ó roble.

Hay hoy en Madrid un artífice ingeniosísimo y de peregrina inventiva, llamado Sebastian Flores, del cual me escribió lo siguiente, habrá cosa de ocho meses, un personaje digno de toda fe:

«Sebastian de Flores, maestro cerrajero, y quien trabaja con perfeccion de cuchillería, ha inventado y tiene puesto un torno en que se hacen todo género de molduras de hierro en cualquier pieza que pese de media libra hasta cien arrobas, en cuyo uso sólo se ocupan dos hombres, uno para mover la rueda, y otro para moldar, habiendo acertado á dar á los hierros un temple durable, y con que trabajan con tanta facilidad como si fuera en cera. Con este artificio se hace en un día lo que en otros tornos se tardan diez, y trabajándolo á mano el más largo oficial, no puede acabarlo en cuatro meses. El mismo ha inventado unos moldes en que amoldar el hierro para remates, botones y varias hojas y adornos de rejas; de forma que lo que el más diestro oficial hace en un día, se consigue con imponderable perfeccion en una hora.»

Del mismo artífice se me avisó en otra carta que inventó modo nuevo de hacer acero del hierro, de que se hizo exámen delante de los diputados, que para este efecto señaló la junta de Comercio, entregándole sellada con marca particular una barra de hierro, la cual les volvió convertida en acero. Pide que le den veinte años de franqueza, y se obliga á dar el acero más barato en una tercera parte que el que venden los extranjeros; cuya proposicion há algun tiempo que se examina en la junta de Comercio.

Don Nicolás Peinado y Valenzuela, natural de la villa de Moya, de profesion matemático, ingeniero agudísimo, y maestro principal de moneda que ha sido en el real ingenio de Cuenca, adelantó y perficionó poco há con una preciosísima invencion la máquina, de que para este efecto se servian en Holanda y Portugal, con que le quitó el riesgo que tenía para los obreros, la hizo de más dulce y fácil manejo, y lo más admirable es, que habiendo aumentado la potencia motriz de la máquina, lo que necesariamente hace mas tarde el movimiento, se logra, sin embargo, tirar una cuarta parte más de plata que ántes.

De intento he reservado para el fin, por cerrar con llave de oro este discurso y todo el libro, la más noble invencion española y que con gran derecho puede pretender la preferencia sobre las más ilustres de todo el resto del mundo. Ésta es el arte de hacer hablar los mudos, que lo son por sordera nativa. La gloria que resulta á España de este gran descubrimiento se la debe España á la religion de San Benito, pues fué su autor nuestro monje fray Pedro Ponce, hijo del real monasterio de Sahagun. Dan fe de ello, demas de nuestro cronista el maestro Yepes, Francisco Váles, en su *Filosofía sacra*, capítulo III, y el maestro Ambrosio de Morales, en el libro que escribió de las *Antigüedades de España*. Váles, en el testimonio que da del hecho, dice que el inventor era, no sólo conocido, sino amigo suyo: *Petrus Pontius, monachus Sancti Benedicti, amicus meus, qui res mirabilis! natos surdos docebat loqui, etc.* «Pedro Ponce, monje benedictino, amigo mio, el cual, ¡cosa admirable! enseñaba á hablar á los sordos de nacimiento,» etc. Ambrosio de Morales, que fué testigo del hecho, hablando de los sugetos eminentes de España, señala dos singularísimos, uno en las fuerzas corporales, otro en la valentía de ingenio; de los cuales, el primero es Diego García de Paredes, aquel robustísimo jayán, á cuya pujanza invencible apenas resistian murallas de diamante; el segundo, nuestro monje fray Pedro Ponce, del cual habla en esta forma:

«Otro insigne español, de ingenio peregrino y de industria increíble, si no la hubiéramos visto, es el que ha enseñado á hablar los mudos con arte perfecta que él ha inventado, y es el padre fray Pedro Ponce, monje del orden de san Benito, que ha mostrado hablar á dos hermanos y una hermana del Condestable, mudos, y ahora muestra á un hijo del justicia de Aragon. Y para que la maravilla sea mayor, quédanse con la sordera profundísima que les causa el no hablar; así se les habla por señas ó se les escribe, y ellos responden luego de palabra, y tambien escriben muy concertadamente una carta y cualesquiera cosa.» Prosigue Morales di-

ciendo, que tenía en su poder un papel escrito por uno de los hermanos del Condestable, llamado don Pedro de Velasco, en el cual referia cómo el padre Ponce le habia enseñado á hablar.

Este arte sigue orden inverso respecto de la comun enseñanza; pues como en lo regular primero aprenden los hombres á hablar y despues á escribir, aquí primero se les enseña á escribir y despues á hablar. Dase principio por la escritura de todas las letras del alfabeto; consiguientemente se les instruye en la articulacion propia de cada letra, mostrándoles la inflexion, movimiento y positura de lengua, dientes y labios que pide dicha articulacion; pásase despues á la union de unas letras con otras para formar las palabras, etc.

Una cosa es sumamente admirable en el inventor de este arte, y es, que no sólo le inventase, sino que le pusiese en su perfeccion, como consta del testimonio de Ambrosio de Morales. Para que se comprenda la suprema dificultad que esto tiene en la materia presente, se debe notar que, al contrario de otras invenciones, donde hecho el primer descubrimiento, encuentra el discurso todos los progresos, digámoslo así, á paso llano, en el arte de enseñar á hablar los mudos los progresos son mucho mas difíciles que el principio. Apenas se da paso en la instruccion, que no haya costado al inventor un grande esfuerzo de ingenio.

Aquí ocurre motivo para lamentarnos de la comun fatalidad de los españoles, de dos siglos á esta parte, que las riquezas de su país, sin exceptuar aquellas que son produccion del ingenio, las hayan de gozar más los extranjeros que ellos. Nació en España el arte que enseña á hablar los mudos, y pienso que no hay ni hubo mucho tiempo há en España quien quisiese cultivarla y aprovecharse de ella, al paso que los extranjeros se han utilizado y utilizan muy bien en esta invencion.

Sic vos, non vobis, mellificatis apes.

De las *Memorias de Trevoux* del año 1701, consta que mister Wallis, profesor de matemáticas en la universidad de Oxford, y monsieur Amman, médico holandes, ejercieron felizmente este arte, en beneficio de muchos mudos, á los fines del siglo pasado y principios del presente. Uno y otro dieron á luz el método de enseñarlos, primero el inglés, despues el holandés. Y lo que se debe extrañar en dichas memorias es, que le dan el nombre de *nuevo método*; ¡como si alguno de ellos, ó entrambos, fuesen los inventores, habiendo ciento y cincuenta años ántes discurrido y ejercitado el mismo método nuestro benedictino español!

Sic vos, non vobis, vellera fertis oves

ADICION.

Entre los españoles célebres por su vária erudicion, se omitieron dos singularísimos: el uno por falta de ocurrencia, el otro por no tener mas que unas noticias confusas de él, cuando escribiamos sobre aquel artículo; y á uno y otro debemos especial memoria, no sólo por sus portentosos talentos, mas tambien porque uno y otro fueron, en cierto modo, hijos espirituales de nuestra religion, habiendo recibido entrambos el sagrado

bautismo en nuestro monasterio parroquial de San Martín de Madrid.

El primero es el ilustrísimo señor Caramuel, cuya gloria no sólo toca á la religion benedictina por el capítulo expresado, pero tambien por otro más propio; pues no sólo profesó nuestra santa regla en la congregacion cisterciense, sino que tambien fué dignísimo abad de monasterios benedictinos; hombre verdaderamente divino, cuya universal y eminente erudicion está inconcusamente acreditada con los innumerables volúmenes, que dió á luz, y admira el mundo en todo género de letras. Aun sus mismos enemigos, como lo fué el autor del *Anticaramuel*, le confiesan ingenio como ocho, esto es, en el supremo grado; y un autor, citado en el gran *Diccionario histórico*, no dudó asegurar que si Dios dejase perecer las ciencias todas en todas las universidades del mundo, como Caramuel se conservase, él solo bastaria para restablecerlas en el sér que hoy tienen. Pero el más sólido blason de Caramuel es haber convertido, con la fuerza y sutileza de sus argumentos, treinta y seis mil herejes á la religion católica.

El segundo es un niño de nueve á diez años que hoy vive en Paris, y es asombro de Paris y de toda la Francia. La *Gaceta* de España dió noticia de él, como de un rarísimo milagro, cuando no tenía más que seis años. Pero no acordándome yo con individuacion de lo que decia de él, solicité por medio de un amigo informacion exacta de la literatura de este niño prodigioso en el estado presente, la que conseguí en una carta, que el amigo me remitió de otro suyo, á quien habia preguntado, porque sabia que éste habia recibido una relación puntual de Paris sobre el asunto. La carta llegó á mis manos ya concluido este discurso, y es del tenor siguiente:

«Amigo y señor mio: No es fácil que pueda yo complacer á usted plenamente, como quisiera, en la especificacion de todas las circunstancias, que hacen extraordinario y prodigioso el célebre españolito que ha hecho y hace la justa admiracion de Paris y del mundo todo. No es fácil, digo, porque la relación puntual que tuve y leí á usted del portentoso progreso de este niño, habiéndola recibido en Madrid ya con el pié en el estribo para Badajoz, no sé qué lize de ella; y la que yo puedo hacer de memoria será muy imperfecta. Lo que puedo decir á usted es, que el tal niño nació en Madrid el año de 1721 y se bautizó en la parroquia de San Martín. No me acuerdo á punto fijo quiénes fueron sus padres, y sólo sé que desde sus primeros años se encargó el abate Duplessis, entónces bibliotecario del Rey, de su educacion; de modo que cuando el niño empezó á hablar se halló en los brazos de tan insigne maestro; porque es menester saber, que este frances es el más habil hombre que yo he tratado en el conocimiento de las lenguas griega, latina, inglesa, italiana, española y la suya natural, y asimismo el más ameno en todo género de la más selecta erudicion. La aplicacion incomparable, pues, de este hombre, todo dedicado á formar un prodigio de este niño, consiguió que á la edad de ocho años, áun no cumplidos, le tuviese en estado de producirlo públicamente en Versalles, presentarlo al cardenal de Fleuri, y exponerlo á que el que quisiese le propusiese cuestiones sobre la física y sobre las partes más especiosas de

la matemática, como son la astronomía, la óptica, la perspectiva, la arquitectura militar, etc., á las que satisfizo de repente. Asimismo explicó los lugares más difíciles de Homero, Anacreonte, Aristófanes, Horacio, Virgilio, el Taso, el Ariosto, Boileau, Racine, Voltaire, la Fontaine, Góngora, Quevedo y otros poetas griegos, latinos, italianos, franceses y españoles, con suspicón de los que por muchos días le examinaron. Mostró también tener bastante conocimiento y gusto en la música, y un discernimiento singular de los más célebres pintores, por el estilo de sus obras. Esto es lo más esencial, pero son otras muchas las particularidades de que consta la relación que tuve; y bien sé que en las gacetas de Amsterdam, del principio del año de 1729, se habló de este niño como de un asombro. Después le sa-

bido que todo París á porfía ha enriquecido con dádivas al españolito, y que siguiendo el estado eclesiástico, será uno de los clérigos más acomodados de Francia, según lo que ha captado la voluntad del cardenal de Fleuri y de los príncipes de la sangre,» etc.

Este niño tuvo la dicha de caer en manos de un maestro igualmente hábil para su enseñanza, que celoso de su aprovechamiento. ¡Oh cuántos habría de éstos en España, si muchos logran en la misma dicha! Aquí me ocurre lo de Paulo Merula, que, aunque holandés, hablando de los españoles, alaba la excelencia de su ingenio y se lastima de la infelicidad de su enseñanza: *Felices ingenio, infeliciter discunt* (1).

(1) *Cosmogr.*, part. II, lib. II, cap. 8.

FISIONOMIA.

§ I.

He visto que algunos discretos, al notar la escasez de voces que padecen áun los idiomas más abundantes, se quejan de que faltan nombres para muchas cosas; pero nunca vi quejarse alguno de que faltan cosas para muchos nombres. Sin embargo, ello sucede así, y esta segunda falta nos debe ser más sensible que la primera. Los nombres de todas las artes divinatorias, y áun de otras algunas que no lo son, están ociosos en los diccionarios, por falta de objetos. ¿Qué significa esta voz *astrología*? Un arte de pronosticar ó conocer los sucesos futuros por la inspección de los astros. Gran cosa sería tal arte si la hubiese; pero la lástima es, que sólo existe en la fantasía de hombres ilusos. ¿Qué significa esta voz *crisopeya*? Un arte de transmutar los óxidos metálicos en oro. Gran cosa sin duda! Pero ¿dónde está esta señal? Distante de nosotros muchos millones de leguas, pues no salió hasta ahora de los espacios imaginarios. Ya ve el lector adónde camino.

Esta voz *fisionomía* significa un arte, que enseña á conocer, por los lineamentos externos y color del cuerpo, las disposiciones internas, que sirven á las operaciones de el alma. Decimos en la definición de el cuerpo, no precisamente del rostro, porque la inspección sola de el rostro toca á una parte de la fisionomía, que se llama *metoposcopia*. Así, la *fisionomía* examina todo el cuerpo; la *metoposcopia* sólo la cara. Facultad precisa, si la hay; pues le es importantísimo al hombre, para todos los usos de la vida civil, conocer el interior de los demás hombres. Pero el mal es, que la cosa falta y el nombre sobra.

Paréceme á mí, que los que de la consideración de las facciones quieren inferir el conocimiento de las almas, invierten el orden de la naturaleza, porque fían á los ojos un oficio, que toca principalmente á los oídos. Hizo la naturaleza los ojos para registrar los cuerpos,

los oídos para examinar las almas. A quien quisiere conocer el interior de otro, lo que más importa no es verle, sino oírle. Verdad es, que también este medio es falible, porque no siempre corresponden las palabras á los conceptos; mas una atenta observación, por la mayor parte descubrirá el dolo, siendo el trato algo frecuente, y al fin padecerán muchas veces ilusión los oídos; mas nunca, siguiendo las reglas fisionómicas comunes, alcanzarán la verdad los ojos.

§ II.

El principal fundamento (omitiendo por ahora otro que tiene lugar más cómodo en el discurso siguiente) de los que defienden la fisionomía como arte verdaderamente conjetural, es la observada proporción del cuerpo con el alma, de la materia con la forma. A distintas especies de almas corresponden organizaciones específicamente diversas. Cada especie de animales tiene su particular conformación, no sólo en los órganos internos, mas también en los miembros exteriores; de modo que la figura es imagen de la substancia y sello de la naturaleza.

De la especie pasan los fisionomistas al individuo, pretendiendo, que, como la diversidad específica y esencial, digámoslo así, de figura, arguye diversa substancia y diversas propiedades en la forma, la accidental, que hay dentro de cada especie, no sólo en la figura, mas también en textura y color, debe inferir distintas inclinaciones, pasiones, afectos y más ó menos robustas facultades en cada individuo, salvando la uniformidad esencial de la especie.

Supuesto este fundamento del arte, establecen sus reglas generales; esto es, señalan los principios de donde se deben derivar las particulares. Estos principios son cinco. El primero, la analogía en la figura con alguna especie de animales. El segundo, la semejanza

con otros hombres, cuyas cualidades se suponen exploradas. El tercero, aquella disposición exterior, que inducen algunas pasiones. El cuarto, la representación del temperamento. El quinto, la representación de otro sexo. Por el primer principio se dirá, que es animoso aquel hombre cuya figura simbolizáre algo con la del león. Por el segundo se dirá, que es tímido aquel que en el aspecto se parece á otros hombres que se sabe son tímidos. Por el tercero, que es mal acondicionado el cejijunto, porque el que está enfadado suele juntar las cejas, arrugando el espacio intermedio. Por el cuarto, que es melancólico el de tez morena y arrugada, porque el humor atrabilario se supone negro y seco. Por el quinto se dice, que los muy blancos son débiles y tímidos, porque este color es propio de las mujeres. Basta para explicación de cada regla un ejemplo.

Aristóteles, que trató de intento esta materia, propone estos cinco principios, aunque con tanta confusión, que es casi menester un nuevo arte fisionómico para explorar, por la superficie de la letra, la mente del autor. Esto puede atribuirse á la impericia del intérprete, que tradujo el libro de fisionomía de griego en latín. Pero la falta de método, que reina en toda la obra, hace sospechar que sea parto supuesto á Aristóteles, siendo cierto, que en el orden y distribución metódica excedió este filósofo á todos los demás de la antigüedad.

Mas, sea ó no de Aristóteles el libro de fisionomía, que anda entre sus obras, decimos que los principios señalados son vanos, antojadizos y desnudos de razón.

§ III.

Empezando por el primero, ¿quién no ve que por más que se parezca un hombre al león en la figura, mucho más se parecerá á otro hombre que es tímido? ¿Cómo, pues, puede preponderar para creerle animoso la semejanza imperfectísima que tiene con un animal robusto y atrevido, sobre otra, mucho más perfecta, con un animal cobarde? Más: es sin duda, que muchos brutos muy estúpidos son mucho más semejantes al hombre en la figura que el elefante; no obstante lo cual, éste se parece mucho más que aquellos al hombre en la facultad perceptiva del alma. ¿Qué diremos del gobierno económico de las hormigas? ¿De la sagaz conducta de las abejas? Estas dos especies de animalillos distan infinito de la figura, textura y color del hombre; sin embargo de lo cual, imitan la industria y gobierno civil del hombre, con suma preferencia á otros brutos, cuya traza corporal se acerca mucho más á la nuestra.

Juan Bautista Porta, que escribió un grueso libro de fisionomía, trabajó con tan prolijo cuidado en la aplicación de esta primera regla del arte, que hizo estampar en su obra las figuras de varios hombres, careadas con otras de algunas especies de brutos, pero tan infelizmente, que este careo más sirve al desengaño que á la persuasión. Porque (pongo por ejemplo) parecen allí la figura de Platon y la del emperador Galba, sacadas de antiguos mármoles, cotejadas, y con alguna, aunque diminutísima semejanza, la primera á la de un perro de caza, y la segunda á la del águila. ¿Qué semejanza tuvieron en las cualidades del ánimo, ni Pla-

ton con un perro ni Galba con el águila? Antes bien cuadraría mucho mejor la semejanza del águila á Platon, por los generosos y elevados vuelos de su ingenio.

§ IV.

El segundo principio, si sólo pide la imitación de un hombre á otro en una, dos ó tres señales, inferirá cualidades opuestas en un mismo individuo; porque, pongo por ejemplo, carne blanda, cutis delicado y estatura mediana se dan por señales de ingenio, por haberse observado estas tres cosas en algunos hombres ingeniosos; pero del mismo modo serán señales de estupidez, porque se encuentran las mismas en innumerables estúpidos. Pero, si pide el complejo de mucho mayor número de señales, digo que será rarísima la concurrencia de todas ellas en un individuo, y por consiguiente, moralmente imposible la observación. Explicaréme: el padre Honorato Niquet, que goza la opinión de haber escrito de fisionomía, con más juicio y exactitud que todos los que le precedieron, pone catorce señales de buen ingenio, que son: carne blanda, cutis delgado, mediana estatura, ojos azules ó rojos, color blanco, cabellos medianamente duros, manos largas, dedos largos, aspecto dulce ó amoroso, cejas juntas, poca risa, frente abierta, sienes algo cóncavas, la cabeza que tenga figura de mazo. Yo he visto y tratado muchos hombres ingeniosos, pero en ninguno he encontrado este complejo de señas. ¿Cómo podrá, pues, la observación experimental asegurarnos de que hay alguna verdad en esta materia?

§ V.

El tercer principio no tiene más fundamento que una mal considerada analogía. Según la regla que él prescribe, se deducirá que el que es encendido de rostro es verecundo, porque la vergüenza enciende el rostro, trayendo á él la sangre. Pero ¿no se ve que nacen de distintísimo principio uno y otro incendio? El actual, que excita la vergüenza, viene del movimiento que da á la sangre esta pasión. El habitual y estable proviene, á lo que yo juzgo, de que las venas capilares, que discurren por el ámbito del semblante, son más anchas, y, por consiguiente, reciben mayor copia de sangre. Acaso también, por ser más delgadas y transparentes sus túnicas, juntamente con el cutis, se hace más visible aquel rojo licor y se representa el rostro bañado del color sanguíneo.

§ VI.

El cuarto principio supone dos cosas, la una cierta, pero la otra falsa. La cierta es, que así las inclinaciones y pasiones naturales, como la mayor ó menor aptitud de potencias internas y externas, dependen en gran parte del temperamento. He dicho en gran parte, por no quitar la que se debe conceder á la organización, entendida ésta como la hemos explicado en el discurso de *Defensa de las mujeres*. Lo que supone falso aquel principio es, que el temperamento individual pueda conocerse por los lineamentos, color ó textura del rostro.